

EL MUNDO CLÁSICO: REFLEXIONES EN TORNO A UN SABER ÚTIL Y DESINTERESADO

por LUIS INCLÁN GARCÍA-ROBÉS
I.E.S. Cendrassos (Figueres)

Primer día de curso. En el aula, un buen grupo de adolescentes de quince años dispuestos —¿o quizá indispuestos?— a enfrentarse por primera vez en su vida a una asignatura que llaman latín. Las caras no muestran una excesiva alegría. ¿Qué tienen en contra de algo que les es desconocido? ¿Por qué dejan traslucir un cierto sentimiento de hostilidad hacia un saber nuevo? «El latín no sirve para nada». «Yo voy para ciencias». «Además es una asignatura difícil».

El profesor no intenta rebatir el primer día todo ese cúmulo de objeciones. Simplemente, se esfuerza por crear un clima de confianza. Apela al innato sentido de justicia de los alumnos y les invita a valorar las cosas por sí mismos, sin dejarse llevar por prejuicios. Al cabo de pocas semanas, de lo que podríamos llamar una presentación en sociedad del latín, esos adolescentes de quince años han cambiado sustancial y mayoritariamente de opinión. Quizá no sean fervorosos e incondicionales partidarios del latín, pero ya no es para ellos algo tan inútil ni tan difícil. Como siempre, el conocimiento borra las mentiras que siembra la ignorancia.

Que un alumno pregunte, al inicio de su segundo de BUP, «para qué sirve el latín», es bastante comprensible. Pero también es cierto, y reconfortante, ver cómo se despierta en algunos de ellos un verdadero cariño por las humanidades clásicas. Y cuantos nos dedicamos a estas tareas tenemos, sin duda, experiencias gratificantes de este tipo. Lo triste de verdad es que se hable de la inutilidad del latín desde ámbitos presumiblemente más culturales o que, al menos, deberían serlo.

Hace años podía estar en boca de muchos la supuesta dificultad del aprendizaje de las lenguas clásicas, pero no se solía cuestionar su validez. ¿Qué ha cambiado en nuestra sociedad para que las cosas estén ahora así? Sin duda, no se trata de buscar una única razón, como tampoco se trata de lanzar acusaciones en una sola dirección.

He planteado lo que voy a explicarles como un conjunto de reflexiones en voz alta. Unas reflexiones que, más que de erudición libresca, proceden de casi un cuarto de siglo de batallar diario en la iniciación a las lenguas clásicas. Durante ese tiempo he vivido dos diferentes planes de estudio en el bachillerato y, por suerte o por desgracia, espero incorporar un tercero dentro de pocos años.

¿Para qué sirve el latín? Siempre se ha hablado del origen de nuestra civilización, de la herencia lingüística de la gran mayoría de las lenguas peninsulares, de las bases jurídicas de nuestro derecho, etc., etc. Y no hacía falta más. Porque nos movíamos en unos parámetros educativos eminentemente globalizadores. (¡Quién no ha dicho o escuchado alguna vez aquello de que «un bachillerato bien hecho da para mucho»!). Hasta 1972, y con notables dificultades después, se mantuvo un sistema de enseñanza general, con un bachillerato que «daba cultura», en su sentido más amplio. Sólo había una tenue especialización al final, que desembocaba en unos estudios universitarios mucho menos fragmentados que ahora. Recuérdese, por ejemplo, la licenciatura en Filosofía y Letras, con aquellos dos años comunes, que otorgaban una visión humanística amplia, frente al panorama actual donde el latín encuentra serias dificultades para hacerse un humilde hueco en los primeros cursos.

Supongo que son las necesidades de una sociedad actual superespecializada las que han inducido a la universidad a la fragmentación de los estudios y, a su vez, ésta ha arrastrado a la enseñanza secundaria a una especialización demasiado prematura.

Podríamos fijarnos en problemas como el del paro, y su conexión con la ampliación de los años de escolarización obligatoria; o en la loable igualdad de oportunidades, equivocadamente asimilada a devaluación de niveles, porque se tiende a igualar por abajo para que todos lleguen. Sin embargo, prefiero detenerme en otras cuestiones más de fondo y menos coyunturales.

Lo útil

El primer tema que me gustaría plantear es el de la utilidad a ultranza, el pragmatismo que impera en amplias esferas de nuestra

sociedad. Una ojeada a los estudios más de «moda» nos indica que privan los de carácter técnico (algunas ingenierías, sobre todo) y los que abren las puertas al mundo de los negocios o de la influencia social (económicas, dirección de empresas, derecho...). Por otro lado, se está hablando bastante de la pérdida de las ideologías en el mundo político. Hoy prevalece el aspecto práctico capaz de conducir a la sociedad a las más altas cotas de bienestar posible. A veces, a costa de demasiadas cosas. Es esta una cuestión que trasciende lo meramente político para convertirse en una interpretación del mundo. Da la impresión que no importa tanto lo que se es como el esfuerzo por adquirir.

Utilitarismo, fragmentación del saber, carrera por el bienestar... Nunca el pueblo romano, tradicionalmente considerado como un pueblo de extraordinaria mentalidad práctica, pudo suponer que alguien llegaría un día a cotas tan desorbitadas.

Y, en todo este panorama, la cultura clásica parece tener poca o nula cabida. Cuando un estudiante se enfrenta a un texto griego o latino, no lo hace para satisfacer una necesidad acuciante ni para obtener un beneficio inmediato. Lo que tiene ante sí no es solamente un trozo de lengua —con el que, además, no podrá comunicarse habitualmente con nadie—. Son unas palabras en las que también hay historia y cultura, derecho y ciencia, religión y política; en definitiva, una forma de entender la vida globalizadora, rica, que tiene como centro al hombre en su sentido más amplio, con sus ilusiones y sus frustraciones, con sus anhelos, que se elevan mucho más allá de las mezquinas ambiciones materiales. Todo lo que concierne al mundo clásico constituye un saber desinteresado y, por lo tanto, mucho más enriquecedor que la perentoria utilidad inmediata. Y verdaderamente útil, con la utilidad de la auténtica cultura. Dicho con palabras de Nietzsche: «Yo odio al latín, pero gracias a él pienso, hablo y escribo». Y, desgraciadamente, esto hoy no suele venderse demasiado.

Uniformismo

Pero hay otra cuestión, quizá más escondida pero no menos real. Se da la aparente contradicción de que, mientras el saber se atomiza más cada día, y los ámbitos profesionales sufren una especialización cada vez mayor, los hábitos sociales tienden a la unificación; las conductas y los gustos se universalizan. Se crean artificialmente, y casi siempre por motivos comerciales, modas y tópicos, fuera de los cuales una persona parece sentirse desplazada. Es evidente que, quienes más sufren esa homogeneización son aquellas personas que no han llegado

aún a la madurez y que, por lo tanto, se encuentran más indefensas ante la avalancha de mensajes. Y esos son, precisamente, nuestro alumnos. La música ha de ser la que dicta el márketing mejor hecho; no se puede ser feliz si no se lleva la ropa «X»; hay que tomar la bebida «Y» si se quiere calmar la sed; hay que tener cuanto antes una moto porque, si no, eres el raro de la pandilla... En definitiva, la lucha por el igualitarismo de consumo, el esfuerzo por no diferenciarse de la inmensa mayoría. No deja de ser una nueva forma de totalitarismo, de dictadura solapada de unas minorías, que mueven a su antojo los resortes menos nobles del comportamiento humano: el miedo al ridículo. Es la nueva censura que ha creado nuestra sociedad.

La cultura clásica es la contraimagen de la realidad que acabo de esbozar. Porque es sinónimo de libertad, de rigor y de auténtica comprensión del mundo. No es utópico pensar que podemos usar del mundo clásico como antídoto. Aparece así, como uno de los elementos de mayor interés formativo para cualquier generación de jóvenes, y más aún para la de nuestros días. Y está lo suficientemente lejano en el tiempo como para no tenerle miedo, y lo suficientemente cercano por cultura como para no parecer demasiado extraño. El saber de la antigüedad tiene todas las ventajas para convertirse en el verdadero revulsivo de nuestra sociedad, en un elemento pacíficamente revolucionario que vuelva a dar a la persona el sentido humano que parece haber perdido, en medio de tantos rumbos equivocados.

El bienestar y las dificultades

Uno de los rasgos de la sociedad de hoy que más negativamente ha influido en la valoración de nuestras materias lo constituye el miedo a las dificultades. Instalados en una sociedad del bienestar -aunque en patente crisis-, todo cuanto requiere esfuerzo debe ser obviado: hay que hacer fácil y placentero el camino de la vida.

Con estos presupuestos, es fácil imaginar con qué ánimos se enfrentarán nuestros alumnos al estudio del latín y del griego, que requieren un esfuerzo que se les antoja inútil e improductivo.

El problema radica, no obstante, en que muchas veces se ha «martirizado» al alumno con métodos obsoletos, muy poco atractivos: áridos, en definitiva. Escuchemos las palabras de un ilustre pedagogo, que no es de hoy, sino de hace cuatro siglos: «Si nos fijamos en el estudio de la lengua latina (aunque no sea más que a la ligera y como ejemplo), ¡gran Dios, qué intrincado, trabajoso y prolijo lo han hecho! Cualquier aguador, cantinero o zapatero de viejo, entre los oficios de

baja condición (...) aprenden antes una lengua diferente de la suya, y aun dos o tres, que los alumnos de las escuelas con gran tranquilidad y sumo esfuerzo llegan a conocer tan sólo la latina. ¡Y con qué aprovechamiento tan distinto! (...) ¿De dónde puede provenir esta lastimosa pérdida de tiempo y trabajo sino de un método vicioso?» [1].

Pero es cierto que despojar a las lenguas clásicas de sus dificultades equivale a traicionarlas y a engañar a nuestros alumnos, como alumnos y como personas. El esfuerzo que les va a suponer asimilar todo un entramado de conexiones, le reportará un indudable beneficio, que quizá ninguna otra materia le va a proporcionar. Cuando una dificultad aparece como tal y, en vez de soslayarla, se habilitan los medios para resolverla, se está poniendo en marcha en el alumno un mecanismo que le será muy útil para resolver problemas similares, ya sea en otras materias, ya sea en la propia vida.

Graduar convenientemente las dificultades, sí. Hurtarlas para que el camino sea más llano, no. Porque la vida no es así, y estaríamos haciendo un flaco servicio a los hombres y mujeres del mañana. Nuestra materia ya no sería un instrumento válido para la formación completa de la persona.

Además, no exageremos: nuestras materias no son las más complejas del currículum, y tampoco son un obstáculo insalvable. Hay que apelar, sí, al valor del esfuerzo personal, pero hay que hacer caso, igualmente, a Séneca cuando dice: «Muchas cosas no las intentamos porque sean difíciles, sino que son difíciles porque no las intentamos».

Especialización

He citado de pasada, hace un momento, el estado de superespecialización en que se halla la ciencia actual, y me gustaría que reflexionáramos algo más sobre ello.

Es sin duda el mundo laboral el que exige una creciente especialización en el saber. Pero también es cierto que ese mundo laboral se nos aparece como algo inestable: cuántas personas deben cambiar de ocupación por motivos bien diversos, cuando ese cambio no significa quedarse sin trabajo. Si ese individuo sólo se ha preparado para una minúscula parcela profesional, se encontrará perdido en un mundo demasiado competitivo. Le faltarán armas para luchar.

Creo que es un error trasladar la especialización profesional a los estudios secundarios y, en parte, también a los universitarios. Demos a nuestros estudiantes una preparación humanística suficientemente am-

plia como para tener una visión comprehensiva de la realidad. Dejemos que la universidad sea eso: una «universitas» globalizadora, capaz de interpretar la complejidad del mundo actual. Tiempo habrá para descender a los detalles a través de estudios de postgrado y en la iniciación a la vida profesional.

Organizar la enseñanza exclusivamente en función de la profesión equivale a cerrar futuros campos de actuación, con el peligro que ello comporta, y a limitar la formación a una mera transmisión de conocimientos, la mayor parte de las veces unidireccional [2].

Valor formativo

Hace falta que la enseñanza use y provoque el método, el rigor y la razón. Que produzca cabezas bien formadas, y no sólo cabezas repletas.

Las lenguas clásicas tienen en esto un papel importante y son de gran utilidad. La rigurosa disciplina intelectual que comportan obliga a profundizar, a ser precisos en las apreciaciones, y a observar la realidad en su conjunto. Es muy distinto considerar el mundo como una suma de individuos y de realidades, o como una unidad. Lo primero da lugar a un saber fragmentario y sin sentido, donde la «humanidad» brilla por su ausencia, y se crean hábitos insolidarios. La existencia interdependiente da valor y significado a la vida porque se contempla ésta en su conjunto, sin compartimentar [3].

Toda la cultura clásica se basa en la unidad. Detrás de cada palabra hay toda una civilización. El estudio de un texto no sólo nos conduce —insisto— a conclusiones lingüísticas o literarias más o menos interesantes, sino a una manera de entender el mundo, a una concepción del hombre.

El contacto con lo clásico ayuda a pasar por encima de lo meramente contingente, para llegar a interesarse por lo que tiene un verdadero interés general, es decir, por un idea.

Un pensador rumano del siglo pasado (Mihai Eminescu) [4] decía que «la cultura clásica tiene la determinante cualidad de elevar, porque es eminentemente educativa. Aprender a la fuerza las palabras latinas, sin dejarse cautivar por ese profundo espíritu de verdad y de belleza de la antigüedad clásica; saber las reglas gramaticales, sin dejarse llevar por aquella simetría intelectual del pensamiento de los antiguos, es un trabajo vano».

Además, las lenguas clásicas pueden justificarse fácilmente dentro del curriculum desde el punto de vista de la enseñanza formal. El rigor que supone el estudio de una lengua flexiva, el esfuerzo que representa asimilar las estructuras sintácticas, la precisión léxica en la expresión, son otras tantas ayudas para fomentar la reflexión, un inquieto espíritu crítico, y una muy apreciable capacidad para adaptar las ideas generales a cuestiones concretas. El beneficio que ello comporta ayuda necesariamente a la formación global de la persona, y a su preparación específica en otras materias.

Esa precisión en el decir constituye un formidable antídoto contra la verborrea vacía de contenido. El lenguaje latino es fundamentalmente profundo, exacto y contundente. ¡Cuántas expresiones «lapidarias» nos han legado los romanos, y seguimos utilizándolas como la mejor manera de expresar clara, completa y brevemente una idea! ¡Cuántas veces las hemos empleado sabiendo que, por ser el latín una lengua definitivamente fijada, el valor de esas expresiones se ha convertido en algo firme, imperecedero!

Sin todo este cúmulo cultural se produciría un vacío que el estudio de las lenguas modernas no pueden llenar, porque tienden inevitablemente a su uso práctico, dejando muy en segundo término el estudio de las categorías gramaticales y el consiguiente ejercicio mental que comportan.

Las humanidades griegas y latinas no son un lujo arcaico; tienen una gran importancia para la formación del científico; no aprendemos latín para hablar en latín, sino para poder dedicarnos a una gimnasia útil.

Prestigio

Vivimos en una época que da especial valor a todo cuanto se refiere a los conocimientos técnicos y científicos. ¡Cuántas veces he visto cómo el ambiente social, cuando no los mismos padres, ha cercenado la posible vocación humanística en un alumno!

Dicen que, en cierta ocasión, le preguntaron a Diógenes por qué los ricos dan limosna a los pobres y nunca a los filósofos. Su respuesta fue: «porque todos los ricos tienen miedo de llegar a ser pobres, pero ninguno tiene miedo de llegar a ser filósofo, cosa que no ha ocurrido nunca».

Nada nuevo hay bajo el sol, y hoy padecemos del mismo mal. Los humanistas, y los filólogos entre ellos, nos vemos en la constante nece-

sidad de justificar que no somos un lastre para la sociedad. Si no fuera porque uno está convencido del valor de su tarea, tendría que ir constantemente pidiendo perdón por ser un bicho raro e insociable.

Hoy no es popular decir que una educación excesivamente tecnificada produce «robots» sin imaginación ni cualidades humanas. Pero es verdad. O decir que no vamos a ningún lado con cabezas llenas de ciencia pero que nunca han sido adiestradas en pensar. Y también es verdad.

Como siempre, las palabras de los clásicos vienen en nuestra ayuda. Permítanme algunos ejemplos.

Parece que todo consiste en aprender para el futuro, en ser competitivos buscando caminos nuevos. Quizá por eso el estudio de la historia, la asimilación del pasado, no goza de prestigio. Cicerón decía que «no saber lo que ha sucedido antes de nosotros es como ser incesantemente niños» [5].

Ya hemos hablado del utilitarismo y de los estragos que provoca a la hora de que los alumnos encarrilen su vocación profesional. Deberían algunos tener en cuenta un consejo de Quintiliano en sus *Declamaciones*: «Mal andan las cosas humanas cuando se tiene solamente fe en los intereses materiales» [6].

Hay, desgraciadamente, colegas que claudican ante el esfuerzo que supone luchar contra corriente, y prefieren decir a sus alumnos lo que a ellos les agrada oír. Con eso no se hace sino agravar el mal. Creo que es, además de certera, muy actual la siguiente proposición de Plutarco, en su *Carta sobre la amistad*, que incide en tres cuestiones que están a la orden del día: «Hay que exhortar a los jóvenes en tres cosas: a tener templanza en el alma, a guardar silencio y a sentir el pudor». ¿Quién no está viendo, después de oír esto, a alumnos suyos que no se reprimen ante ningún capricho, que viven entre ruidos y músicas ensordecedoras, y que van perdiendo progresivamente la modestia y el pudor en el hablar y en el actuar?

Inciendo en la misma idea, y totalmente en consonancia con el tema de este simposio, Salustio decía:

«Poco me satisface una ciencia que no haya servido para hacer virtuosos a los que la profesan» [7].

Formación

Y precisamente en esta cuestión querría detenerme un momento y concretar qué pueden aportar las lenguas clásicas a la formación inte-

gral de la persona. Son cosas que todos ustedes, sin duda, ya saben, pero nunca es superfluo recordarlas y, con ello, convencernos de que ese es un camino que no debemos abandonar, aun a costa de luchar contra corriente.

El estudio de la morfosintaxis pone en marcha una serie de virtudes que contribuyen a mejorar notablemente la capacidad intelectual del alumno, y colaboran en su formación humana.

Se fomenta la capacidad de análisis y de síntesis junto con la deducción. Todo este entramado lógico conforma una manera de pensar y de afrontar la tarea intelectual indudablemente seria y científica, razonando, analizando, relacionando. Contribuye al fomento del orden y del método. Pero también constituye un excelente adiestramiento para la vida. En un momento en que los mensajes de todo tipo nos bombardean continuamente, nada hay más útil que un buen sentido crítico para sopesar, valorar y analizar, antes de decidir. Más que preservar a nuestros alumnos de los peligros que les rodean, es nuestra misión, y está a nuestro alcance, darles armas eficaces para luchar, formar su personalidad para que salgan airoso de las pruebas a las que se ven y se verán sometidos. Y el método intelectual requerido para afrontar el estudio de las lenguas clásicas es un buen instrumento que ayuda a este objetivo.

El mundo clásico es tal porque trasciende lo pasajero, las modas, lo coyuntural y parcial. Es clásico todo aquello que permanece, que es esencial a la condición humana, que cala en lo más hondo de nuestro ser y que nos ayuda a formarnos una opinión seria y profunda del hombre y del mundo.

Si sabemos transmitir a nuestros alumnos esta realidad, les estaremos preparando para valorar debidamente el mundo que les rodea. Sabrán desenmascarar con más facilidad los engaños sutiles que acechan a su alrededor; conocerán el verdadero valor de las cosas y las subordinarán al interés más alto de las personas; distinguirán un argumento puramente sentimental de lo que es una concepción profunda y seria del hombre. Hay demasiada gente hoy que valora la vida con parámetros meramente sentimentales, y han dejado muy atrás todo lo razonable, cuando no lo han olvidado absolutamente.

Tendrán así nuestros alumnos, pese a su juventud, todo el acervo cultural que otros han construido antes que ellos, y que no se ha marchitado en el transcurso de los siglos sino que, al contrario, se ha demostrado imperecedero. Luchemos contra la etiqueta de «lenguas muertas» que algunos nos han colocado. El latín y el griego no son lenguas muertas. Al contrario, son lenguas que, gracias a su vitalidad,

han construido el mayor edificio cultural de la historia. Y cuando, por avatares históricos y políticos, el latín dejó de ser el idioma de un imperio unido, siguió viviendo en las lenguas románicas.

Unidad

Además, el mundo clásico no se puede entender fragmentariamente. Forma una unidad de pensamiento y de acción. Para no traicionar su esencia, debemos presentarlo así. Hay que hacer un esfuerzo, pese a la evidente precariedad de medios y de tiempo, para englobar lo clásico en un todo coherente. Debemos mostrar cómo esa forma de entender la vida ha dado lugar, no sólo a una literatura y a un pensamiento, sino también a un ordenamiento jurídico concreto —del que aún vivimos hoy—, a una manera de hacer ciencia, a un desarrollo artístico coherente, y a unas realizaciones materiales que sirven auténticamente al hombre. Porque es el hombre verdadero y completo el centro de todo ese mundo.

Con esta convicción por delante, es más fácil distinguir a nuestro alrededor lo que son concepciones fragmentarias y pobres de la realidad, de lo que realmente constituye un bien verdadero para la persona. Todo lo que no colabora a este fin es un empobrecimiento del hombre y de la sociedad.

Hay que aprovechar la indudable fascinación que ejerce en los jóvenes todo cuanto se refiere al mundo clásico, para transmitirles los tesoros que ese mundo encierra: su capacidad para la reflexión, su variedad de pensamiento, una verdadera cultura del espíritu, que tampoco esconde el calor del sentimiento. La riqueza es tal, que permite organizar todo su contenido en un sistema donde la finalidad sea, sobre todo, la formación de actitudes, de cualidades; la comprensión de la vida como exigencia y tolerancia en el marco de un sólido sistema de valores.

Hoy se aprecia especialmente todo lo que se refiere a la construcción de una Europa unida. Y entra dentro de nuestra parcela de trabajo esforzarnos por llevarla a cabo de la forma más genuinamente humana. Sin olvidar que el primer europeísmo fue un logro netamente romano. Y que, como señalaba, entre otros, T. S. Eliot [8], la Antigüedad greco-latina es «la sangre que circula por el organismo de Europa».

Ese patrimonio europeo común y la posibilidad de un equilibrio cultural, pasan por una armonía basada en una fuente común. No se puede tampoco pasar por alto la herencia humanista europea, tan bien

reflejada en la amistad epistolar que unió en el siglo XVI a Vives, Erasmo, Moro y Budé, cuando la cultura se comunicaba en la última lengua común de una Europa unida. Una herencia humanista que se alimenta en el contexto de nuestra romanidad originaria. Una herencia humanista expresada, sobre todo, en el dominio del 'ser', más que en el del 'tener'.

Al mundo clásico sólo le ha faltado el aliento trascendente del cristianismo para completar su edificio. Y ése se lo debemos poner nosotros. La llamada civilización occidental no es otra cosa que la sublimación de esa realidad verdaderamente humana que los clásicos elaboraron durante siglos en la antigüedad.

Dirección del autor: Luis Inclán García-Robés. Trav. de la Creu, 39, 7. 17002 - Girona.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 13 de mayo de 1994

NOTAS

- [1] COMENIUS, J. A. (1982) *Didactica Magna*, XI, 11 (México Porrúa).
- [2] Cf. BERNARD, J. (1992) *Le Figaro*, 17 de marzo.
- [3] Cf. PALOUS, R. (1992) Comenius, un guide pour les temps futurs. Ponencia pronunciada en el Congreso Internacional *Comenius' Heritage and Education of man for the 21 st Century*. Praga, marzo.
- [4] Cf. FRISAN, C. (1993) Le pouvoir créateur et créatif des études classiques. Comunicación presentada a la *Conferencia Euroclásica*. Madrid, septiembre.
- [5] «Nescire antequam natus sis acciderit, id est semper esse puerum».
- [6] «Actum est de rebus humanis, si sola servatur utilitatem fides».
- [7] «Parum mihi placent eae litterae, quae ad virtutem doctoribus nihil profuerunt». (SALUSTIO, *De bello Iugurthino*, 85).
- [8] Cf. FRISAN, C., *op. cit.*

BIBLIOGRAFIA

- AGUADO, R. et al. (1992) Materiales didácticos de latín, *Estudios Clásicos*, núm. 102. Madrid.
- CASABO, C. (1989) Una propuesta práctica del estudio de la lengua latina para alumnos de bachillerato, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, p. 813. Madrid.
- CAYUELA, A. (1940) *Humanidades clásicas. Análisis de sus aptitudes para construir la base de unos estudios esencialmente formativos.* (Zaragoza).
- CRISTOBAL, V. (1987) Sugerencias sobre didáctica de las literaturas clásicas en *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, 1, p. 271. Málaga.
- CURTIUS, E. R. (1932) El Humanismo como iniciación y como iniciativa, *Revista de Occidente*, núm. 109. Madrid.
- DEBUT, J. (1976) *La enseñanza de las lenguas clásicas.* (Barcelona. Planeta).
- DISTLER, T. J. (1962) *Teach the Latin.* (Chicago).
- DU BOURGET, P. (1947) *Le latin. Comment l'enseigner aujourd'hui.* (París).
- ERRANDONEA, I. (1970) *Las lenguas clásicas en la enseñanza media española.* (San Sebastián).
- FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA (1975) *Situación y perspectivas de los estudios clásicos en España.* (Madrid).
- GARCIA HERNANDEZ, B. (1989) Cultura clásica, una disciplina para la primera etapa de la educación secundaria, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, p. 839. Madrid.
- GARCIA DE OTAOLA, A. (1989) Lenguas clásicas, ¿para quiénes?, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, p. 845. (Madrid).
- GOMEZ, M. V. (1992) Diseño curricular de un curso de iniciación a la cultura clásica, *Estudios Clásicos*, núm. 101. Madrid.
- GUZMAN, A. (ed.) (1992) *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico.* (Madrid).
- ICE UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA (1985) *Aspectos didácticos de latín.* (Zaragoza).
- LIASSO DE LA VEGA, J. (et al.) (1992) *La enseñanza de las lenguas clásicas.* (Madrid. Rialp).
- PALLIER, J. M. (ed.) (1989) *Actualité de l'Antiquité.* (París).
- PLUMB, J. H. (ed.) (1973) *Crisis en las Humanidades.* (Barcelona).
- PROVERBIO, G. (ed.) (1987) *La didattica del latino.* (Foggia).
- PUCCI, G. (ed.) (1988) *La didattica del latino e del greco: prospettive, modelli e indicazione metodologiche.* (Roma).
- RODRIGUEZ ADRADOS, F. (1966) *Los medios auxiliares de la enseñanza del griego y del latín.* (Madrid).
- RODRIGUEZ ADRADOS, F. (1989) El momento actual de los estudios clásicos: situa-

ción y perspectivas, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, I, 37. Madrid.

RODRIGUEZ ADRADOS, F. (ed.) (1990) *Didáctica de las Humanidades clásicas*. (Madrid).

ROUSSELLET, M. (1966) *L'enseignement du latin*. (París).

SUMMARY: CLASSICAL WORLD THINKING ABOUT USEFUL AND DISINTERESTED KNOWLEDGE

In a country which has been built on classical culture, the fashionable resort of useful things has been laying aside the field of this culture as far as leaving it in reduced and unappropriate levels.

This article tries to increase the consciousness about what is really useful to cultivate knowledge related to classical world from what it possesses of enriched powerful to the man. And, because in educative fields, it forms an adequate element to get a complete formation for students. Some key factors, which contribute to make classical world a useful instrument to get those aims, are analyzed in this article.

KEY WORDS: Classical languages. Classical world. Integral education